

# HOY ES MEJOR QUE AYER

Por **EDUARDO HARO TECGLÉN**

**E**L viaje de Krutchev a Dinamarca es una simple operación de «conozca usted a sus vecinos», previsto desde hace cinco años y reducido en la práctica a una serie de operaciones comerciales y útil a la diplomacia soviética para desarrollar una nueva lección verbal y anecdótica de la coexistencia pacífica. La gran prensa mundial y los ministerios de Asuntos Exteriores han seguido este viaje como si se tratase de un gran acontecimiento. Es natural, porque el reflector de la atención pública debe enfocar siempre a Krutchev; porque hace bastante tiempo que no pisaba suelo occidental y, finalmente, porque muchos lo consideran como el ensayo general de un viaje que podría ser mucho más importante y cuyo principio parece ya decidido: su visita a Alemania Occidental. Erhard ha anunciado ya que es probable una «visita soviética a Bonn» y que él no está dispuesto a ir a Moscú porque no considera útil una conferencia con Krutchev; esto quiere decir, en plata, que trata ya de quitar importancia a la visita que pueda hacer Krutchev a Bonn puesto que si no es útil la conversación, el viaje se convertirá en simplemente diplomático. Alemania se resiste fieramente a entrar en la zona de la coexistencia pacífica. Su propia estructura se lo impide.

Alemania fue un bastión del anticomunismo. Debe a esta política un mimo especial de los países a quienes combatió y que la vencieron; le debe la restauración de su economía, en lo que se ha llamado «el milagro alemán». En lugar de ser un país vencido y arrasado, como la catástrofe que culminó en el «bunkers» de la cancillería hacía sospechar, es un país con peso en Europa, con voz importante, con audiencia respetuosa no sólo en Europa, sino en los países subdesarrollados a los que ayuda y con los que comercia sin ningún contencioso que saldar, puesto que la buena fortuna con que perdió la guerra la privó de su pasado colonial. Alemania colabora con Egipto con-

tra Israel, pero no solamente por viejos resabios antisemitas nunca perdidos en el fondo, sino porque a su vez Egipto es un campo de ensayo de armamento científico que Alemania se ha comprometido a no construir. Erhard está dispuesto a recibir a Nasser, a pesar de las advertencias en contra que le vienen de Londres, que se apresta a enviar a Bonn nada menos que a la reina Isabel, y que ha visto con terror que aun amenazando con retirar esa visita regia, no consigue que Erhard no invite a Nasser. Por otra parte va a recibir a De Gaulle. ¿Qué hubiese sido de Alemania sin el anticomunismo? Probablemente sería el país neutralizado que propusieron los Estados Unidos en 1946, y que rechazó Stalin, o el que propusieron los soviéticos en 1952 y rechazaron los occidentales. Es decir, un país satélite de todos. Hoy se limita a ser satélite de los Estados Unidos en una mitad, de la Unión Soviética en la otra, y esta curiosa bisatelización ha colocado a la Alemania Federal en la cúspide de su historia.

Es natural que esta situación real haya penetrado profundamente en la psicología alemana y que, como señala el escritor André Fontaine, los alemanes, jóvenes y viejos, estén empezando a creer que constituyen un pueblo superior a los demás. Estos dos versos del himno nacional alemán han costado mucha sangre en Europa a lo largo de los siglos: «Deutschland, Deutschland über alles». (Unamuno, en el prólogo a una historia de la primera guerra mundial, se indignaba de esta presunción de superioridad.) Han costado, sobre todo, mucha sangre a la propia Alemania, que cae siempre en su propia trampa. No deja de ser curiosa esta paradoja de que un pueblo esencialmente militar, más aún, militarista, gane siempre todas sus paces y pierda sin remisión todas sus guerras. Se presta a un análisis profundo. Por el momento me debo limitar a la constatación de que es así: Alemania gana sus paces, pero durante ellas construye un militarismo que la lleva necesariamente a la catástrofe.

Hay una persona extraordinariamente capacitada para testimoniar que ha señalado en estos días la reaparición del militarismo alemán. Me refiero al almirante Heye que ha publicado en el semanario «Quick», de Munich, una serie de artículos sensacionales denunciando este peligro. Heye fue combatiente con Hitler, que le condecoró varias veces: retirado, ocupa ahora el cargo de delegado parlamentario experto en problemas de defensa nacional. El almirante ha redactado un informe para el Parlamento que quedó sin efecto. Más tarde, el presidente del Parlamento, Gerstenmeyer, le impidió contestar a las interpelaciones de los diputados. Por lo tanto Heye ha escrito largamente sus impresiones y sus datos y los ha entregado a la opinión pública. «Si no damos un golpe de timón —dice el almirante, que conserva su lenguaje de marino— la Bundeswehr (Ejército alemán) se convertirá en una clase de Ejército que no hemos querido. La Bundeswehr está indudablemente convirtiéndose en un Estado dentro del Estado.» Esta acusación es indudablemente grave, y va acompañada de un desarrollo de argumentos. Heye señala que la filosofía del nuevo Ejército debía ser la «dirección por el interior» («innere Fuehrung») y la «reunión de ciudadanos libres de uniforme», pero que estos principios han fallado para dejar paso al espíritu prusiano y a la disciplina pretoriana; que los jefes militares ignoran y sabotean la evolución de la opinión pública hacia la democracia; que se sabotea sistemáticamente la presión de algunos mandos democráticos; que los jefes y oficiales maltratan a los soldados hasta el punto de que en 1963 ha habido más de cinco mil quejas, a las que no se ha dado una solución. Heye se



Una nueva lección verbal y anecdótica de la coexistencia pacífica, por parte de Krutchev. En la foto lo vemos con el rey Federico de Dinamarca.



La gran prensa mundial y los Ministerios de Asuntos Exteriores han seguido este viaje como si se tratase de un gran acontecimiento: lo consideran como el ensayo general de otra jira que podría ser más importante y que tendría a Bonn como meta. Arriba: Krustchev durante la visita a un kindergarten danés.

extiende en el relato minucioso de casos que estima como muestras de abuso de poder y de renacimiento del militarismo. No es, sin embargo, esto lo que más le preocupa. Como militar, teme seriamente que un Ejército dispuesto para una guerra moderna, para un armamento y una estrategia de nuestra era, pueda inutilizarse por el mantenimiento de los viejos métodos prusianos que evitan la individualización del combatiente. Como demócrata —quizá lo es de nuevo cuño, y por ello más cuidadoso y sensible— el peligro que entraña para el Estado un Ejército que «está tomando un camino inquietante».

Los artículos han provocado escándalo. Hay ya en Alemania un «caso Heye», en el que ha intervenido hasta el propio Erhard —naturalmente para quitar la razón al almirante y expresar su confianza en el Ejército—. Es natural que la oposición socialista haga hincapié en las declaraciones del viejo soldado, y trata de levantar un debate en el que el Gobierno se comprometa.

En estas condiciones psicológicas en que sobrenada Alemania, es natural que trate de evitar toda renuncia a la guerra fría. Saben los alemanes que una guerra caliente, una guerra atómica, entrañaría su desaparición inmediata de la superficie de la tierra, sin posibilidad de milagros posteriores. Pero una paz decidida sería catastrófica para su economía y para su moral. En este juego difícil está comprometido Erhard y su partido, y en ello está basada su política exterior. En las conversaciones del canciller con el Presidente Johnson se ha visto claramente que todas las reclamaciones de reunificación de Alemania son por ahora inútiles, y que hay que aplicar a esta tarea otros puntos de vista. A base de paciencia. Sin embargo, ni Erhard ni ninguno de los partidos políticos de la Alemania Federal pueden renunciar a su propaganda de la reunificación, que representa el motor moral creado durante diez años. Se sospecha ahora que otros diez años han de venir sin que el problema se haya resuelto. Pero, claro está, nadie puede saber lo que ocurrirá dentro de diez años.

El hecho real es que con Bonn o sin él, la coexistencia pacífica progresa, con la anuencia del Este y del Oeste. Sir Alec Douglas-Home lo ha definido con una frase pronunciada ante el Parlamento: «El momento feliz en que estamos se simboliza en que tanto en Rusia como en Occidente preferimos el hoy al ayer». Desgraciadamente esta frase no fue captada por todo el mundo en el Parlamento porque los Honorables Miembros se entregaban en ese momento a ruidosos bostezos y a conversaciones generales, según relata el redactor parlamentario del «Daily Mail», que considera el discurso de sir Alec como el más desgraciado que haya pronunciado en el Parlamento. En efecto, el «premier» había lanzado ya la aventurada profecía de que en una guerra nuclear lanzada por China, Rusia y Occidente serían aliados. Aquí comenzaron los bostezos ruidosos —que no se trata de nada excepcional: es una costumbre arraigada en los Comunes— que se convirtieron en gritos de algazara cuando sir Alec explicó en una lamentable frase por qué él había encontrado el camino de la coexistencia: «He insistido en mi punto de vista de que un comunista gordo debe ser preferido a un comunista flaco, y al final este argumento parece haber creado alguna impresión en los Estados Unidos». Esta frivolidad causó indignación en la Cámara. Luego, desconcertó el optimismo: «Los chinos llegarán a comprender un día el riesgo de la guerra nuclear y abandonarán su política de fuerza». Es de suponer que esto ocurrirá el día en que los chinos engorden, puesto que, siendo flacos como son hoy —y Mao, bien pensado, no es tan flaco—, no pueden entrar en la biotipología política de sir Alec.

Su frase antes citada, sin embargo, es perfecta: en el Este como en el Oeste preferimos el hoy al ayer. Por lo tanto, se trata de progresar en el camino del hoy, sin regresar a un ayer que podría traer Goldwater; y menos al trágico antes de ayer del Ejército alemán que descubre el almirante Heye.

(Fotos EUROPA PRESS)